

la moderación de las cosas obedientes á los deseos.

»¿Te parece que cumple con el pudor el que se entrega sin testigos á la liviandad? ¿No hay cosas torpes por sí mismas, aunque no vayan acompañadas de ninguna infamia? Y ¿qué hacen los fuertes varones? ¿Acaso se arrojan á la pelea y derraman la sangre por su patria, movidos por cálculo de interés, ó por un cierto ardor é ímpetu de su ánimo? ¿Crees ¡oh Torcuato! que si tu ascendiente oyera nuestras palabras, había de gustar más de la manera como tú explicas su hazaña, que de la manera como la explico yo, diciendo que nada hizo por su causa y todo por causa de la república, mientras que tú sostienes que nada hizo sino por su propio interés? Y si quisieras explicar esto todavía más, y decir abiertamente que nada hizo sino por causa del deleite, ¿crees que lo sufriría con paciencia? Concedamos esto: haya en buen hora obrado Torcuato para su utilidad, como tú dices (y hablando de tal varón, prefiero la palabra *interés* á la palabra *deleite*), pero su colega Publio Decio, el primer cónsul que hubo en su familia, que se sacrificó á los dioses infernales y se arrojó á caballo en medio del escuadrón de los latinos, ¿pensaba algo en su propio placer? ¿Cuándo ó dónde había de gozarle, si sabía que iba á morir en seguida, y buscaba aquella muerte con más ardiente deseo que si pugnara en busca del placer? Y si aquel hecho no hubiera sido noble y glorioso, ciertamente que no le habría imitado su hijo, cuando fué por cuarta vez cónsul, ni tampoco su nieto, cuando cayó peleando contra Pirro y se ofreció por la salud de la república, como la tercer víctima de su linaje.

»No quiero citar más ejemplos. Los Griegos tienen pocos: Leónidas, Epaminondas... en suma tres ó cuatro. Si yo empezara á citar todos los nuestros, fácilmente concluiríamos por reconocer que el deleite

tiene siempre mucha menos fuerza que la virtud; pero no me bastaría el día para enumerarlos todos, y así como Aulo Valerio—que pasaba por juez purísimo,—solía decir cuando le presentaban algunos testigos y citaban otros: «O bastan estos testigos, ó no se cuales bastan» del mismo modo yo creo haber presentado bastantes.

»Lo que á ti mismo, tan digno de tus mayores, te movió, cuando eras joven, á arrebatár á Publio Sila el consulado, ¿fué por ventura el placer?

»Y ¿qué dirás de tu padre, varón fortísimo, lo mismo en su consulado que después de él y como simple ciudadano? Siguiendo yo su ejemplo, quise mirar más bien por la salud de todos que por la mía propia. ¡Con cuánta habilidad ponías de una parte á un hombre colmado de muchos y extraordinarios deleites, y no aquejado por dolor alguno presente ni futuro, y por la otra á un hombre atormentado en todo su cuerpo, sin placer alguno ni esperanza de él, y preguntabas quién era mas miserable que este último, ó quien más feliz que el primero, y de todo inferías que el sumo mal era el dolor, y el sumo bien el placer! Tú conociste, y no puedes menos de recordar, á Thorio Balvo Lanuvino. Este vivía de tal modo que no podía encontrarse voluptuosidad alguna, por exquisita que fuese, de que él en abundancia no gozara. Era codicioso de placeres, y en todos ellos inteligente y magnífico; tan poco supersticioso, que despreciaba los infinitos sacrificios y templos de su patria; tan despreciador de la muerte, que murió en la batalla, combatiendo por la república. No calificaba los deleites por la división de Epicuro, sino por su propio hastío. Tenía sin embargo cuenta con su salud, y así se entregaba á aquellos ejercicios gimnásticos que podían hacerle llegar á la mesa con hambre y con sed. Escogía manjares á un mismo

tiempo suavísimos y muy fáciles de digerir; usaba del vino con tal medida que no le causase daño; y á esto añadía todos los demás placeres, sin los cuales Epicuro no concebía la felicidad. Estaba libre de todo dolor, y si lo hubiese tenido, no lo habría sufrido con paciencia, aunque oía más á los médicos que á los filósofos. Su color era excelente, íntegra su salud, grande su cortesía y llena su vida de toda variedad de placeres.

»Sin duda que á éste le tendrá vuestra escuela por hombre feliz. Yo no me atrevo á decir cuál es lo que antepongo á esto; lo dirá por mí la virtud misma, no dudando en afirmar que Marco Régulo fué mucho más afortunado cuando, por voluntad propia y no obligado de ninguna fuerza, por la palabra que habia empeñado á sus enemigos, volvió desde su patria á Cartago. De este hombre, atormentado de vigiliass y de hambre, dirá siempre la virtud que fué más feliz que Torio, cuando bebía entre rosas. Régulo habia hecho grandes guerras: dos veces habia sido cónsul; habia obtenido el triunfo, y sin embargo no estimaba tanto sus pasadas y excelentes grandezas como aquel último caso á que se arrojó por su fidelidad y constancia; heroicidad que á los oyentes nos parece lastimosa, y que él llevó á cabo con plena voluntad. No consiste la felicidad en la alegría, ni en la lascivia, ni en la risa ó en la burla, compañera de la ligereza, sino que reside muchas veces en la triste firmeza y constancia.

»Violada Lucrecia por el hijo del Rey, se mató, poniendo por testigos á los ciudadanos. Este dolor del pueblo romano fué causa de libertad para Roma, movida y guiada por Bruto. Y por la memoria de aquella mujer, en el primer año de la república, fueron hechos cónsules su marido y su padre.

»El humilde Lucio Virginio, uno de la multitud, sesenta años después de recobrada la libertad, mató por

su propia mano á su hija, doncella, antes que entregarla á la liviandad de Apio Claudio, que tenía entonces el sumo imperio.

»O hemos de vituperar estas cosas, oh Torcuato, ó abandonar la defensa del delito á quien pueda defender esta causa, que no presentará nunca en su abono testigos ni patronos entre los varones ilustres. Nosotros, en el monumento de nuestros anales, recordamos á los que consagraron toda su vida al trabajo glorioso, y ni aun podían oír con paciencia el nombre de deleite; pero para vosotros está muda la historia. Nunca oí nombrar en la escuela de Epicuro á Licurgo, á Solón, á Milcíades, á Temístocles, á Epaminondas, que andan siempre en boca de los demás filósofos. Pero ahora que hemos empezado á tratar de esto, nuestro Atico nos suministrará de su abundante tesoro tantos y tales varones como necesitemos para testigos. ¿No vale más saber algo de ellos que hablar de Temístocles en tantos volúmenes? Concédase esto á los Griegos, ya que de ellos hemos recibido la filosofía y todas las artes liberales; pero con todo eso, hay algo que á nosotros no nos es lícito, y á ellos sí.

•Pelean los *estoicos* con los *peripatéticos*; niegan los unos que haya felicidad fuera de lo honesto; los otros conceden mucho, muchísimo á la honestidad; pero con todo eso, afirman que en el cuerpo y fuera de él hay algunos bienes honestos. Es el certamen y la disputa espléndida, como que toda ella versa sobre la dignidad de la virtud. Pero disputando con los tuyos, es forzoso oír mentar aquellos deleites obscenos de que tantas veces discute largamente Epicuro. No puedes defender esto ¡oh Torcuato! (créeme) si consideras tu propia naturaleza y tus pensamientos y tus estudios. Te avergonzarás, digo, contemplando aquella tabla que Cleantes, muy inge-

niosamente, solía pintar con palabras. Decía á sus discípulos que se imaginasen un cuadro en que estuviese pintado el placer sentado en su solio, con espléndidas vestiduras y ornato real, y que en torno de él estuvieran las virtudes como criadas, que ninguna otra cosa hiciesen sino servir al placer, y á lo sumo advertirle al oído, si es que esto podía indicarse en la pintura, que se guardase de hacer ninguna imprudencia que ofendiese el ánimo de los hombres, ó algo que pudiera ser ocasión de dolor. Nosotras, las virtudes, hemos nacido para servirte, y ninguna otra ocupación tenemos. Niega Epicuro, lumbrera de vuestra escuela, que nadie pueda vivir honestamente sino quien vive de un modo agradable. A mí poco me importa lo que él afirme ó niegue; lo único que pido en quien defienda el placer como sumo bien, es que sea consecuente consigo mismo.

«¿Qué razón tienes para decir que no pasaron vida muy agradable Torio Postumio, Clico, ó el maestro de todos ellos Orata? Niega Epicuro, como antes dije, que sea reprehensible la vida de los lujuriosos, á no ser que sean enteramente fatuos. Es decir, que estén sujetos al deseo ó al temor. Verdad es que promete medicina para el miedo y la esperanza, pero en realidad sólo concede licencia á la lujuria. Quitadas estas cosas, no halla nada reprehensible en la vida relajada. No podéis, pues, estimándolo todo por el deleite, ni concebir ni defender la virtud, ya que no se puede tener por varón justo y santo al que sólo se abstiene de hacer mal por el perjuicio que pueda causarle.

«Ya recuerdo aquella sentencia: «No es piadoso quien la piedad...» Nunca has oído mayor verdad, No es justo quien lo es por temor, puesto que dejaría de serlo en cuanto no temiese y de hecho perdiera el miedo. Siempre que pueda obrar con cautela, ó consi-

ga, á fuerza de poder, lo que desea, preferirá de cierto ser tenido por hombre de bien, aunque no lo sea, á serlo, aunque no lo parezca. De donde se infiere, y es cosa evidente que, dando por verdadera y cierta justicia una falsa apariencia de ella, nos enseña en cierto modo á despreciar nuestra propia y firme conciencia, y á seguir la errante opinión de los otros. Lo mismo puede decirse de las demás virtudes, cuyo fundamento ponéis en el deleite, que es lo mismo que ponerlo sobre el agua. Y ¡qué más! ¿podremos llamar fuerte á tu abuelo Torcuato? á quien yo me deleito en citar, aunque no pueda corromperte, como tú dices; pero basta, que me deleito en recordar vuestra familia y vuestro nombre. Y por Hércules juro que traigo siempre ante los ojos á aquel excelente varón y tan amigo nuestro, Aulo Torcuato, cuyo insigne amor hacia mí, manifiesto en aquellos tiempos que todos conocéis, recordará sin duda cualquiera de vosotros. Y ciertamente que yo mismo, que soy y quiero ser tenido por agradecido, no lo hubiera sido tanto, a no conocer que fué amigo mío por mi interés y no por el suyo. Quizá digas que el interés propio está en hacer bien á todos: si esto concedes, hemos vencido. Esto pretendemos, esto defendemos: el fruto del deber cumplido es el deber mismo; pero esto no lo concedes tú, que en todos los casos pides el deleite como merced.

»Pero vuelvo á Torcuato: si fué el placer el que le arrojó á pelear junto al río Anio, cuando le provocó el Galo, y de sus despojos obtuvo su collar y su nombre, y si no fué otra la causa sino la gloria que esperaba conseguir, no le tengo por varón ilustre. Si el pudor, la modestia, la castidad, en una palabra, la templanza, no tuvieran más apoyo que el miedo de la pena ó de la infamia, y no se defendieran por su propia santidad, ¡á qué adulterio, á qué estupro, á que liviandad

no se arrojaría desbocado, cuando viera el modo de ocultarse, ó la impunidad ó la licencial

»Y ¿te parece bien, oh Torcuato, que un hombre como tú, de tal nombre, ingenio y gloria, no te atrevas á confesar en público el bien á que refieres lo que haces, lo que piensas, lo que intentas, y qué es lo que tienes por más excelente en la vida? Cuando obtienes una magistratura, y subes á la tribuna para declarar de qué manera vas á administrar justicia, y añades, si te parece, algo sobre la gloria de tus mayores y sobre tu propia persona, conforme á la costumbre admitida, ¿te atreverás á decir que todo cuanto hagas en tu oficio público lo vas á hacer por causa del deleite, y que nunca has tenido otra razón para ningún acto de tu vida? Me dirás que si te creo tan loco que te atrevas á hablar de este modo delante del vulgo profano. Pero ¿atrévete á decirlo en juicio ó en el Senado! Nunca lo harás, ciertamente. Y ¿por qué no, sino por la torpeza misma de este razonamiento? ¿O es que á mí y á Triario nos crees dignos de poder oír tales torpezas?

»Es evidente cosa que la misma palabra *deleite* no tiene en sí dignidad alguna; acaso será que nosotros no la entendemos. Y á nosotros nos decís que no alcanzamos el verdadero sentido de esta palabra. Os parece difícil y oscura, y sin embargo os entendemos bien cuando habláis de *átomos* y de *intermundios*, que ni existen ni pueden existir, y no podemos entender el deleite, que conocen todos, hasta los pájaros. Y ¿qué me dirás, si te obligo á confesar, no sólo que yo sé en qué consiste el placer (que después de todo no es más que un movimiento agradable en los sentidos), sino que también sé lo que tú quieres dar á entender con ese nombre? Porque, en realidad, tú le entiendes lo mismo que yo, y le haces consistir en el movimiento

y en alguna modificación; y hablas además de cierto sumo placer, al cual nada puede añadirse, y cuando está inmune de todo dolor, le tienes por firme y estable. Te concedo que esto sea el deleite.

»Atrévete á decir en alguna asamblea que procedes en todas tus cosas no más que por evitar el dolor. En esto siquiera aparecerás amplio y generoso. Y ¿qué será si afirmas que en esta magistratura y en toda tu vida no harás sino lo que te convenga y lo que diga relación á tu propio interes? ¿Qué clamoreo no se levantará contra tí, ó qué esperanzas podrás conservar de aquel consulado que tienes tan próximo? Es decir, que no osarás confesar en público el sistema que usas contigo mismo y con los tuyos. Tú en los juicios y en el Senado tienes siempre en la boca las mismas palabras que usan los peripatéticos y los estoicos: «deber, equidad, dignidad, fe, patria, honestidad, dignidad del Imperio, dignidad del pueblo romano, peligros por la república, morir por la patria.» Cuando esto decís, nosotros nos asombramos; pero tú debes reírte interiormente. Porque entre estas tan magníficas y excelentes palabras, ningún lugar ocupa el deleite, no ya el que dices que consiste en el movimiento y entienden todos los ciudadanos y todos los rústicos, ni aquel otro deleite tranquilo que nadie sino vosotros llama placer. Mira que es inconsecuencia valerte de nuestras palabras, pienses como pienses. Tú, que no fingirías en rostro ni en ademán con objeto de parecer hombre más grave, finges en las palabras y dices lo que no sientes, ó sin duda cambias de parecer como de vestido, teniendo uno para tu casa, otro para el foro; en la frente la ostentación, y dentro del alma la verdad oculta. Dime si esto te parece honrado. Yo sólo tengo por verdaderas las opiniones que son honestas, laudables, gloriosas, que



pueden pronunciarse en el Senado, ante el pueblo, en toda reunión y asamblea, de tal modo, que no nos ruboricemos de decir lo que nos avergonzamos de sentir. Pero ¿qué lugar puede haber para la amistad, ó cómo puede tenerla quien no ama á otro sino por su propio interés? ¿Qué otra cosa es el amor, de donde procedió el nombre de amistad, sino querer hacer á alguien infinitos beneficios, aunque de ellos ninguna ventaja nos resulte? Me dirás que te conviene tener ese afecto, ó á lo menos aparentarle, porque no puedes ser amado si no amas; pero ¿cómo lo has de ser, si antes no se ha apoderado de tí el amor, que no nace de la razón de utilidad, sino él por sí mismo y espontáneamente? Me dirás que sigues la utilidad. En tal caso durará la amistad, cuanto dure la utilidad, y si ella funda la amistad, ella la destruirá. Y ¿qué harás si la amistad no te produce utilidad ninguna, como suele suceder? ¿La dejarás? Pero ¿qué amistad es ésa! ¿La conservarás? ¿Y para qué? Me dirás que para no incurrir en odio, abandonando á tu amigo. Y ¿por qué ha de ser digno de odio lo que no es torpe en sí mismo? Y si no abandonas á tu amigo, para que éste no te traiga algún mal, á lo menos estarás deseando que se muera, para no estar ligado á él sin fruto. Y si no solamente no te trae utilidad ninguna, sino que vienes á perder tu hacienda, á sufrir molestias, á poner en peligro la vida, ¿ni siquiera entonces mirarás por tí, y recordarás que cada cual ha nacido para sí y para su placer? ¿Te entregarás al tirano para que te dé la muerte como fiador de tu amigo, como hizo Pitágoras con el tirano de Sicilia? O al modo de Pílates, ¿dirás que cres Orestes para morir por tu amigo? ó al modo de Orestes, desmentirás á Pílates y te entregarás tú mismo á la muerte, y si no lo consigues, á lo menos pedirás que te maten junto con él?

»Yo sé de cierto que tú harías todas estas cosas, oh Torcuato. Nada hay tan digno de grandes alabanzas que yo te crea capaz de omitir por miedo de la muerte ó del dolor. Pero ahora no pregunto lo que es conforme á tu naturaleza, sino á tu sistema; la razón que defiendes, los preceptos que aprendiste, la filosofía que apruebas destruyen la paz y amistad, por más que Epicuro, según su costumbre, la levante al cielo con extraordinarias alabanzas. Me dirás que él mismo la observaba escrupulosamente. Ni yo ni nadie niega que era hombre de bien, cortés y humano; pero aquí tratamos de su ingenio en la disputa, no de sus costumbres. Quédese para la ligereza de los Griegos e. perseguir con la maledicencia á los que disientan de la verdad. Pero aunque él fuese cortés y fiel en la amistad, y dado caso que sea verdad esto, porque yo nada afirmo, lo cierto es que en la disputa mostró poca agudeza. Me dirás que tuvo muchos discípulos, y quizás tengas razón, pero nunca fué muy de estimar el testimonio de la muchedumbre. En todo arte ó estudio, ó en cualquiera ciencia, ó en la misma virtud, todo lo excelente es rarísimo.

»Y á mi, no porque Epicuro fuera hombre honrado y porque muchos epicúreos hayan sido, y sean hoy, fieles en la amistad, constantes y graves en todos los actos de su vida, y se gobiernen, no por el deleite, sino por el deber, me parece, por eso, mayor la fuerza de la honestidad y menor la del placer. Algunos viven de tal modo, que su vida es la refutación de su doctrina, y así como de otros se cree que dicen mejor que hacen, así de vosotros me parece que obráis mejor que decís. Pero esto nada importa al asunto. Examinemos lo que tú dices de la amistad. Sólo un argumento me pareció que alegabas tomado de Epicuro: que la amistad no puede separarse del placer, y que

debe ser cultivada, porque sin ella no es posible vivir con seguridad y sin temor, ni siquiera con agrado. Bastante hemos respondido á esto. Luégo trajiste un argumento más humano de otros filósofos más recientes, nunca pronunciado por el mismo Epicuro, que yo sepa, y dijiste que el amigo se buscaba primero por causas de utilidad, y que después con la costumbre se le amaba por sí mismo, aun perdida la esperanza de medro. Aunque esto tiene muchas dificultades, sin embargo, acepto lo que me concedes. A mí me basta, y á vosotros no ós basta, desde que concedéis que alguna vez es posible obrar con rectitud, por más que no se espere ni se busque ganancia alguna. Alegaste también la opinión de algunos que afirman que los sabios han hecho entre sí cierta alianza para tratar á sus amigos como á sí mismos. Y si esto es posible, y si alguna vez se ha hecho tal pacto, debe ser de gran utilidad y agrado para la vida. Si pudieron hacer este convenio, lo mismo podrían hacer que amásemos la caridad, la modestia y todas las demás virtudes desinteresadamente y por sí mismas. Pero si cultivamos la amistad por el fruto, por los emolumentos, por la utilidad; si no hay amor ninguno que produzca la amistad espontáneamente, por su propia fuerza, apetecible en sí y por sí, ¿quién ha de dudar en anteponer sus *fundos* y sus posesiones á sus amigos? Aquí recordarás de nuevo las palabras de Epicuro en loor de la amistad. Yo no pregunto lo que Epicuro dice, sino lo que debe decir conforme á su doctrina y á su razón. Si la amistad no tiene más fundamento que la utilidad, ¿por qué estimas más á su amigo Triario que á tus graneros de Puzol? Aquí recurrirás al acostumbrado argumento: la protección de los amigos. Bastante protección tienes en tí mismo, bastante en las leyes, bastante aun en otras relaciones inferiores á la amis-

fad. Nadie podrá hacerte víctima de su odio, y fácilmente evitarás la envidia. Para todo esto da preceptos Epicuro. Si pagas tanto tributo á la liberalidad, aunque no tengas el amor de Pílates y Orestes, fácilmente obtendrás el apoyo y la benevolencia de muchos; pero ¿con quién comunicarás lo serio y lo jocoso? ¿con quién los arcanos y las profundidades de tu alma? Primero contigo mismo; después con esos amigos á medias. Pero aunque esto no sea inútil, dime: ¿dónde está la utilidad de tanto dinero gastado? Ya ves que si mides la amistad por el amor, nada hay más excelente que ella; pero si la mides por la utilidad, la mayor amistad es inferior á la posesión de un *predio* de gran valor. Si hemos de ser verdaderos amigos, me has de amar á mí mismo, pero no las cosas que yo poseo.

»Me detengo excesivamente en cosas muy claras. Sabido ya y concluído que no hay lugar ni para la virtud ni para la amistad si lo referimos todo al placer, nada me resta que decir. Pero para que no parezca que he dejado de responder á algún argumento, diré algo sobre lo restante de tu discurso. Como toda la filosofía se encamina á producir la vida feliz, y sólo por apetecerla se dedican los hombres á su estudio, y como esta felicidad de la vida la ponen los filósofos en diferentes cosas, y vosotros la hacéis consistir en el deleite, y, por el contrario, toda infelicidad en el dolor, veamos, en qué estriba esta felicidad de la vida. Sin duda me concederéis que si la felicidad es algo, debe estar bajo el dominio y potestad del sabio, porque la vida feliz que puede perderse no es ya vida feliz. ¡Quién confía en la firmeza y estabilidad de lo que por sí es frágil y caduco! Y quien desconfía de la perpetuidad de los bienes que posee, necesario es que tema perderlos alguna

vez y verse reducido á la miseria. Nadie puede ser feliz con tan gran temor; por consiguiente, nadie puede ser feliz jamás, porque la vida feliz tiene que ser perpetua y no estar reducida á una porción de tiempo; ni se llama vida feliz la que no es perpetua y absoluta: no puede ser nadie feliz unas veces, y otras desdichado. El que crea que puede ser infeliz no es ya dichoso, y cuando una vez comienza la felicidad, permanece cuanto dure la misma sabiduría, artífice de todo bien en la vida, y no espera al último momento de la vida, como Solón dijo á Creso, según leemos en Herodoto. Pero tú nos has dicho que Epicuro niega que la larga duración de tiempo acrecienta algo á la vida feliz, y que sea mayor el deleite sempiterno que el que se percibe en un instante rapidísimo.

»Hay en todo esto grandes contradicciones. Después de haber colocado el sumo bien en el deleite, niegas que un plazo infinito sea mayor que el finito y limitado. El que hace consistir el sumo bien en la virtud, puede decir que la perfección de la virtud acrecienta la felicidad de la vida, y negar que el tiempo pueda añadir nada al sumo bien; pero el que hace consistir en el placer la vida feliz, si es consecuente consigo mismo, ¿cómo ha de negar que la mayor duración acrece el deleite y también el dolor? Si el dolor más largo es el más calamitoso, ¿cómo no ha de ser más apetecible el placer que tenga más duración? ¿Por qué llama Epicuro á Dios feliz y eterno? Si se quita la eternidad, ¿por qué ha de ser Júpiter más feliz que Epicuro? Uno y otro gozan del sumo bien, es decir, del placer.

»Me diréis que Epicuro tiene también el dolor; pero cierto es que, si hemos de creerle, no lo estima en nada, puesto que está dispuesto á exclamar: ¡qué agra-

dable es esto! hasta cuando le quemem. ¿En qué le vencen, pues, los Dioses sino en la eternidad, ni qué bien hay en la eternidad sino el sumo y sempiterno deleite? ¿De qué sirve el hablar bien, si no hablas de un modo consecuente? Según vosotros, en el deleite del cuerpo—y añadiré, si queréis, en el del ánimo, puesto que vosotros lo identificáis con el del cuerpo—consiste el vivir dichoso. Ahora bien: ¿quién puede dar al sabio este perpetuo placer? Las cosas que producen el deleite no están en la potestad del sabio, ni consiste en la misma sabiduría el ser feliz, sino en las cosas que la sabiduría junta y ordena para el deleite. Todo esto es externo, y lo que es externo depende del acaso: por donde viene á ser señora de la vida feliz la fortuna, de la cual dijo, no obstante, Epicuro que tiene poco dominio sobre el sabio.

»Me diréis que estas cosas son de poca entidad, y que al sabio le enriquece la misma naturaleza, del modo que enseñó Epicuro. Está bien lo que dice, y yo no lo repugno; pero la verdad es que riñe con lo anterior. Niega Epicuro que se logre menos placer con miserables alimentos y bebidas que con manjares exquisitos. Si al mismo tiempo afirmase que para la felicidad de la vida no importa mucho el género de alimento, yo se lo concedería y hasta le alabaría por ello, puesto que dice la verdad, y por eso Sócrates, que en ninguna parte hace mención del deleite, solía decir que el hambre era el condimento de la comida, y la sed el de la bebida; pero al que, refiriéndolo todo al deleite, vive como Galonio y habla como Pisón, no le entiendo, ni creo que se entienda él mismo. Dice también que las riquezas naturales son fáciles de adquirir, porque la naturaleza se contenta con poco. Ciertamente que se contentaría, si no estimaseis tanto el placer. Añade que no es menor el que se recibe de cosas viles

y despreciables que de otras preciosísimas; pero esto no sólo es no tener corazón, mas ni paladar siquiera. Aun á los mismos que desprecian el deleite les es lícito decir que anteponen unas cosas á otras. ¡Con cuánta más razón el que tiene el placer por sumo bien debe medirlo todo por los sentidos y no por la razón, y estimar por más excelentes las cosas que son más agradables! Pero concedamos que así sea, y que pueda conseguirse el placer más alto, contentándose no sólo con poco, sino hasta con nada, si queréis, de tal suerte que no haya menos placer en aquellos manjares de que solían comer los Persas, según escribe Xenofonte, que en las mesas siracusanas tan duramente vituperadas por Platón. Sea en buen hora tan fácil, como dices, la adquisición de la felicidad; pero ¿qué diremos del dolor cuyos tormentos son tales que con ellos no se concibe la vida feliz, siendo como es el dolor el sumo mal? El mismo Metrodoro, que casi es otro Epicuro, describe la felicidad con estas palabras: «Cuando el cuerpo está sano, y tenemos por cierto que lo estará siempre;» pero ¿quién puede estar seguro de que conservará sano su cuerpo, no digo un año, sino ni siquiera á la tarde del mismo día? Temeremos siempre el dolor, es decir, el sumo mal, aunque no nos amenace de cerca. ¿Cómo podéis evitar en la vida feliz el temor del sumo mal? También enseña Epicuro—me diréis—el modo de esquivar el dolor; pero ya es absurdo querer despreciar el mayor de todos los males. Mas ¿cuál es ese modo? Me diréis: el mayor dolor es breve. En primer lugar ¿á qué llamáis breve? En segundo; ¿cuál tenéis por el mayor de los dolores? Y qué, el dolor extremo ¿no puede durar muchos días y hasta meses? A no ser que tengas por el más duro dolor el que mata así que acomete. Pero ¿quién teme esa especie de dolor? El que yo quisiera

que sufrieseis es aquel con que ví consumirse á mi familiar, Cneo Octavio, hijo de Marco, varón excelente y humanísimo, dolor no por una vez sola ni por breve tiempo, sino por muchas y con igual intensidad. ¡Oh Dioses inmortales, cómo sufría él sus tormentos, cuando parecían arder todos sus miembros! y sin embargo no era infeliz, porque no es éste el sumo mal. Más mísero hubiera sido nadando en los deleites de una vida torpe y viciosa. Y no entiendo lo que queréis decir cuando afirmáis que el dolor grande es breve y que el dolor leve es largo.

»Yo veo dolores que son á la vez muy intensos y muy largos, y sé que hay un medio para tolerarlos; pero vosotros no le conocéis, porque no amáis la honestidad por sí misma. Hay ciertos preceptos y leyes de fortaleza que prohíben á un varón afeminarse en el dolor. Y por eso se ha de tener por cosa torpe, no digo el dolerse, porque esto es á veces necesario, sino el llenar las peñas de Lemnos con aquel clamor de Filoctetes. ¿Cómo podría compararse Epicuro con este hombre, cuyas vísceras empapadas en el veneno de la víbora, producían continuos é insufribles tormentos? Supongamos á Epicuro en el caso de Filoctetes. Dirá que si el dolor es grave, es breve. Y sin embargo Filoctetes hace ya diez años que permanece en su caverna. Añadirá que el dolor largo es leve, porque á intervalos le permite el descanso. En primer lugar, esto no sucede siempre; y en segundo, ¿qué descanso es ése, cuando está tan reciente la memoria del dolor pasado, y nos amenaza el temor del mal futuro? Me diréis que muera, y quizá ésto sea lo mejor; pero entonces ¿qué hacer de aquella sentencia vuestra: en la vida hay siempre más placer que dolor? Si ésto es así, será una maldad persuadirle á que se mate. Mejor es decirle que es caso torpe en un hombre debilitarse, rendirse al



dolor, sucumbir. Vuestras sentencias son palabras vacías. Sólo puede mitigarse el dolor con la virtud, con la magnanimidad, con la paciencia, con la fortaleza.

»Oye, por no ir más lejos, lo que dijo Epicuro al morir, y mira cómo sus obras estaban en contradicción con sus palabras. Dice Epicuro á su amigo Hermaco: «Te escribo en el día más feliz de mi vida, porque es el último. Son tales los dolores de la vejiga y de las vísceras, que nada puede acrecentarse á su crudeza.» He aquí un hombre infeliz, si es que el dolor es el sumo mal. No puede encarecerse más; pero continuemos oyéndole:

«En tan supremo trance, sólo me queda una alegría, el recuerdo de mis doctrinas é invenciones. Espero que tú, como conviene á la buena voluntad que desde joven has tenido á mi persona y á la filosofía, serás tutor de los hijos de Metrodoro.»

»No antepongo yo á esta muerte la de Epaminondas ni la de Leonidas: la de Epaminondas, cuando vencedor de los Lacedemonios en Mantinea y exánime por una grave herida, preguntó tan sólo si se había salvado su escudo, y como los suyos le respondiesen llorando que sí, volvió á preguntar si habían sido derrotados los enemigos, y habiendo oído la respuesta que él deseaba, mandó que le sacasen de la herida la lanza que tenía atravesada. Y así, derramando mucha sangre, cayó muerto en la misma alegría de la victoria. Leonidas, rey de los Lacedemonios, resistió en las Termópilas con 300 que habia sacado de Esparta, prefiriendo una muerte gloriosa á una fuga torpe. ¡Ilustres son estas muertes guerreras! Los filósofos mueren casi siempre en sus camas. Pero ¿qué es lo que á Epicuro le consolaba más en ese trance? La memoria de su ciencia é invenciones.

»Palabras son éstas dignas de un filósofo; pero al decir las, oh Epicuro, te has olvidado de tu doctrina; porque si es verdad lo que enseñabas en esos escritos, cuyo recuerdo tanto te deleita, ya no puedes gozar á lo menos corporalmente, y tú nos has enseñado que no hay otro placer ni otro dolor que el del cuerpo. Dices que te alegras de la memoria de lo pasado, pero ¿de qué placer pasado? Si de los del cuerpo, bien compensado está el recuerdo con los dolores que ahora sufres: si de los del ánimo, tú nos has enseñado que no hay ningún placer espiritual que no se refiera al cuerpo.

»¿Y por qué recomiendas los hijos de Metrodoro? ¿Qué tiene que ver el cuerpo con esta tu felicidad egregia en el cumplimiento del deber?

»Por más ingeniosidad con que discurráis, oh Torcuato, siempre tendréis que confesar que en esta admirable epístola nada escribió Epicuro que concertara con sus opiniones, y así él mismo se responde, y sus escritos riñen con su probidad y buenas costumbres.

»Porque esta recomendación de los niños, esta memoria y caridad para sus amigos, esta conservación de los afectos en el momento en que iba á rendir su alma, indican que hay en el hombre una probidad innata y gratuita, no fundada en el placer ni comprada por la esperanza del premio. ¿Qué mayor testimonio buscaremos de que las cosas honestas y rectas son apetecibles por sí mismas? Pero así como juzgo digna de alabanza esta carta que acabo de traducir al pie de la letra, aunque de ningún modo conviene con la totalidad de su doctrina, sostengo, por el contrario, que su testamento no sólo desdice la gravedad de un filósofo, sino también de su propia enseñanza. Él escribió con muchas palabras y con brevedad y claridad, en el libro antes nombrado, que la muerte no

es temible, porque lo que se disuelve carece de sentido, y lo que carece de sentido nada puede importarnos. Esto mismo pudo decirlo con más elegancia y mejor, ya que cuando escribe: «lo que se disuelve carece de sentido,» no explica bien claramente qué es lo que se disuelve; pero ya entiendo lo que quiere decir. Lo que le pregunto es por qué, acabándose todo sentido con la disolución, esto es, con la muerte, y no quedando ni una reliquia de nosotros, encarga con tanto cuidado y diligencia que sus herederos Amynomaco y Timócrates suministren todos los años, á voluntad de Hermaco, las cantidades necesarias para celebrar su aniversario en el mes de Gamelión, y que todos los meses, en el vigésimo día de luna, se junten en un convite los que han filosofado con él, para que así se conserve su memoria y la de Metrodoro.

»No puedo menos de decir que todo esto es propio de un hombre culto y humano, pero no de un sabio, ni mucho menos de un físico como él quiere parecerlo, para quien no debe tener sentido alguno la palabra aniversario. ¿Cómo puede volver el día que una vez pasó? Ciertamente no puede. ¿Puede volver otro día igual? Tampoco. A no ser después de miles de años, en que se haya verificado á un tiempo la reversión de todas las estrellas al punto de donde han partido. No hay, pues, ningún día natal. Me diréis que se celebra, pero como quiera que sea, se celebrará después de muerto él. Y ¿qué necesidad tenía de advertiroslo en su testamento él que os ha dicho con palabras de oráculo que, después de la muerte, nada de vosotros queda? ¡Palabras en verdad poco dignas de quien había recorrido con su mente innumerables mundos é infinitas regiones sin término ni extremidades!

»¿Dijo cosa semejante Demócrito, á quien él casi exclusivamente siguió? Y si había de señalar un día,

¿por qué no señaló más bien aquel en que se hizo sabio que aquel en que nació? Me diréis que no hubiera podido hacerse sabio, si no hubiese nacido. Es claro, y tampoco si no hubiese nacido su abuela. Créeme, Torcuato, que no es cosa propia de hombres doctos querer que después de su muerte se celebre con banquetes la memoria de su nombre. Y ¡nada digo de la manera como pasáis esos días, cayendo en las gracias y burlas de los hombres alegres! No es ocasión de reñir. Sólo os digo que mejor está en vosotros celebrar el natalicio de Epicuro que en él encargáros en su testamento que lo celebraseis.

»Pero volviendo á nuestro propósito, ya que desde la cuestión del dolor hemos venido á parar á esta epístola, podemos sacar así la consecuencia: el que padece el sumo mal, mientras está en él, no es feliz. Es así que el sabio es siempre feliz, y sin embargo padece algunas veces dolores; luego el dolor no es el sumo mal. Y ¿qué quiere decir aquella antigua sentencia vuestra que los bienes pasados no perecen para el sabio y que no se acuerda de los males? Por ventura, ¿está en nuestro poder el acordarnos de lo que queremos? Dijo Temístocles á Simónides, que le prometía un arte de memoria: «Más quisiera el arte de olvidar, porque me acuerdo de lo que no quiero y no puedo olvidar lo que quiero.» Muy ingeniosa es la respuesta; pero yo encuentro demasiada intolerancia filosófica en prohibir hasta el recuerdo, imponiéndonos lo que no podemos cumplir. Y ¿quién ha dicho que á veces no es dulce la memoria de los males pasados? Así lo afirman los proverbios, que son más verdaderos que vuestros dogmas. Dice el vulgo que son agradables los trabajos ya pasados, y añade muy bien Eurípides (cuyas palabras traduciré al latín lo mejor que pueda, porque los versos griegos los conocéis todos): «suave es la memoria

de los trabajos pasados.» Pero volvamos á los bienes antiguos. Si dijeras que Cayo Mario, expulsado, pobre, sumergido en las lagunas, podía aliviar su dolor con el recuerdo de sus trofeos, yo diría con gusto que tienes razón. No podrá ser feliz la vida del sabio, ni llegar á glorioso término, si el propio olvido cubre sus buenas acciones y propósitos. Pero á vosotros os endulza la vida el recuerdo de los deleites que en otro tiempo disfrutó vuestro cuerpo, porque, si otros placeres existen, es falso que procedan de la unión del alma con el cuerpo. Y si es verdad que el deleite corporal aun pasado agrada, no sé por qué Aristóteles se burla tanto de aquel epigrama de Sardanápalo, donde el Rey de Asiria se gloria de haberse llevado consigo al sepulcro todas sus voluptuosidades. Dice Aristóteles que, aun viviendo Sardanápalo, no podía sentir el placer más que mientras gozaba de él: ¿de qué manera podía durarle, después de muerto?

»Es, pues, cosa rápida y transitoria el deleite corporal, y con más frecuencia deja causas de arrepentimiento que de recuerdo. Por el contrario, Scipión el Africano, hablando con su propia patria, exclama: «¡Mis trabajos han acrecentado tu gloria!» Más feliz es éste, que se goza en el trabajo pasado, que tú que te gozas en el recuerdo de los placeres. Él recuerda aquellas acciones tuyas de que ninguna parte tocó al cuerpo, y tú sólo en el cuerpo piensas.

»Y ¿quién puede convenir en vuestra doctrina, que reduce todos los placeres y dolores á los placeres y dolores del cuerpo? Ya sé que hablo contigo, oh Torcuato, y por eso te pregunto: ¿nunca te deleita ninguna cosa por sí misma? Prescindo de la dignidad, de la honestidad y de las virtudes de que antes hablamos. Fijaré cosa más leve: un poema, una oración, cuando la escribes ó la lees, el investigar la historia

de los hechos pasados, la geografía de las distintas regiones, las estatuas, los cuadros, el lugar ameno más acomodado á recreación, la granja de Lúculo, y no digo la tuya, porque entonces tendrías escape, diciendo que la posees para utilidad corporal; todas estas cosas que he dicho ¿las refieres al cuerpo ó hay algunas de ellas que te deleitan por sí mismas? Muy terco serías si persistieses en referirlo todo al cuerpo; y si lo niegas, tendrás que abandonar las doctrinas de Epicuro.

»Y ¿cómo concederte que son mayores los deleites y dolores del alma que los del cuerpo, porque el alma participa de ellos en todo tiempo, y el cuerpo sólo siente el mal presente? De aquí resultará que el que se alegra del gozo mío, gozará más que yo mismo. Si el placer del alma nace del placer del cuerpo, pero es mayor que él, tendremos que inferir que se experimenta mayor gozo con la felicidad de un amigo que con la propia. No habéis visto la consecuencia que se deduce de querer hacer feliz al sabio, atribuyéndole los mayores placeres espirituales, más excelentes que los del cuerpo, aunque derivados de él. En este caso también sentirá dolores del alma, muy superiores á los del cuerpo, y será forzoso que alguna vez sea infeliz, aunque vosotros le suponéis dichoso siempre, y no conseguiréis otra cosa, si os obstináis en referirlo todo al placer y al dolor.

»Otro debe ser, oh Torcuato, el sumo bien del hombre. Dejemos el deleite para las bestias, á las cuales vosotros os atrevéis á citar como testigos en la causa del sumo bien. Pero no vemos las obras admirables que las mismas bestias hacen sin más guía que su propia naturaleza; no vemos que en engendrar y educar parecen proponerse otro fin que el placer, y que unas se alegran con la carrera y la peregrinación,

y otras, congregándose, imitan en cierto modo las ciudades. Vemos en algunas aves indicios de piedad, conocimiento y memoria, y en muchas también disciplina. ¿Habrá, pues, en las bestias algunos simulacros de las virtudes humanas, distintos del deleite, y en el hombre no tendrá la virtud otra razón que el placer, y al hombre, que tanto se aventaja á los demás animales, nada le habrá dado la naturaleza de magnífico y de excelso?

»Si todo consistiera en el placer, mucho nos superarían las bestias, para quienes la tierra por sí misma produce pastos varios y abundantes, sin cultivo alguno de su parte, mientras que á nosotros apenas nos basta la tierra cultivada con mucha labor. Y, sin embargo, no puedo persuadirme de que el sumo bien del hombre y de la bestia sea el mismo. ¿Para qué nos servirían entonces tantos instrumentos para adquirir la ciencia, tanto concurso de estudios liberales, tanto cortejo de virtudes, si nada de esto se enderezara á otro fin que al placer? Si nos dijeran que Jerjes, con tanta armada, con tan innumerable ejército de á caballo y de á pie, echando un puente sobre el Helesponto, perforando el monte Atos, andando, digámoslo así, á pie por el mar y navegando por la tierra, había venido con tanto ímpetu sobre la Grecia, sólo por coger la miel del Tmolo, ciertamente que sus conatos parecerían vanos y risibles. De la misma manera, si nos dicen que el sabio rico y adornado con tantas y tan maravillosas ciencias y virtudes, hábil para recorrer, no como Jerjes, á pie el mar y con armada los montes, sino todo el cielo y la tierra y el mar, no se propone otro fin que el deleite, diríamos que para cosa aun más liviana que la miel ha acometido tan grandes empresas. Créeme, Torcuato: para cosas más altas y magníficas hemos nacido, y esto

podemos conocerlo por las mismas facultades y potencias del alma, entre las cuales está la memoria infinita de innumerables cosas, la conjetura no muy distante de la adivinación, el pudor que modera las pasiones, la justicia, guardadora fiel de la sociedad humana, y el firme y estable desprecio del dolor y de la muerte, para arrojarse á los trabajos y arrostrar con frente serena los peligros. Esto por lo que toca al alma.

»Considera después los miembros y los sentidos, que, lo mismo que las demás partes del cuerpo, no sólo te parecerán compañeros de las virtudes, sino ministros suyos. Y ¿no ves en el mismo cuerpo cuántas cosas puedes anteponer al deleite, v. gr., la fuerza, la salud, la velocidad, la hermosura? ¿Y qué me dices del alma, en la cual aquellos doctísimos filósofos antiguos imaginaron que había algo de celestial y divino?

»Si consistiera, como dices, el sumo bien en el deleite, sería muy de desear pasar los días y las noches entre placeres, sin intervalo alguno, moviéndose dócilmente todos los sentidos en un éxtasis agradable. Pero ¿quién será digno de llamarse hombre, si consiente en pasar un día entero en este género de placeres? Los Cirenaicos no lo rehusan; los vuestros son en esto más vergonzosos, pero ellos quizá más lógicos. Fijemonos, por el contrario, no ya en aquellas primordiales ciencias cuya ignorancia era calificada de afrenta entre nuestros mayores. ¿Crees tú, no ya que Homero, Arquíloco, Píndaro, sino Fidias, Policletto, Zeuxis, dirigían sus artes al deleite? ¿Dará más importancia un artífice á la hermosura de las formas que un ciudadano excelente á la hermosura de las acciones?

»Y ¿cuál puede ser la causa de error tan grande



y tan difundido, sino que aquellos que consideran el deleite como el sumo bien, no deliberan con la parte de su alma en que residen la razón y el consejo, sino con el apetito, esto es, con la parte inferior del alma?

»Y ahora te pregunto: si existen Dioses, según vosotros también afirmáis, ¿cómo pueden ser felices, ya que no pueden disfrutar de los deleites del cuerpo? Y si son felices sin este género de placeres, ¿por qué negáis la misma felicidad al sabio? Lee, amigo Torcuato, los elegios, no ya de aquellos que ensalza Homero, no de Ciro, no de Agesilao, no de Arístides, no de Temístocles, no de Filipo, no de Alejandro; lee los de nuestros hombres, los de vuestra familia, y á nadie verás alabado como artífice diestro en proporcionarse placer. No dicen esto los elogios de los monumentos, como aquel que está escrito en la puerta Capena: todos proclaman á una voz que éste fué el varón más ilustre de su pueblo. ¿Y crees tú que convinieron las gentes en estimar por tal á Calatino, porque fué muy señalado en la invención de placeres? ¿Hemos de decir que son mancebos de buenas esperanzas y de excelente índole los que vemos que sólo han de ser siervos de su utilidad y no han de hacer ninguna otra cosa sino lo que les convenga? ¿No ves cuántas perturbaciones se seguirán, cuántas confusiones? Se desterrará el beneficio, se desterrará el agradecimiento, que son los vínculos de la concordia, porque si haces un beneficio por utilidad propia, no debe llamarse esto beneficio, sino obligación; ni debe agradecerse lo que se ha hecho por propio interés, ni es posible que las virtudes permanezcan cuando el deleite impera; y hay muchas torpezas que, si la honestidad natural no lo prohibiera, no hay razón para que dejasen de recaer en el sabio.

»Y omitiendo otras razones innumerables, sería necesario que la virtud, dignamente alabada, cerrase ahora todos los portillos á la teoría del deleite; pero esto no lo esperes de mí. Entra tú mismo en tu mente, interrógala, escudriña todos sus pensamientos, y ella te dirá, si quisieras más vivir gozando de perpetuos placeres y pasar toda tu vida sin dolor, en aquella tranquilidad de que antes hablabas, añadiendo, si quieres (como otros añaden, aunque es imposible), aquella carencia de temor que nos dices; ó si estimas más merecer bien de tu pueblo, prestar ayuda á los indigentes y acometer los trabajos de Hércules. Así nuestros mayores, que nunca esquivaron los trabajos, aplicaron á los Dioses mismos la durísima palabra de fatiga.

»Yo te exigiría una respuesta, si no temiera que eras capaz de sostener que las mismas empresas acometidas por Hércules en beneficio de todos los hombres, habían tenido por causa el placer.»

Cuando acabé de hablar, me dijo Torcuato:

«No me faltaría modo de contestar, pero prefiero dejar mi causa en manos de mis familiares.

—Creo (le dije yo) que te refieres á Syrón y á Filodemo, varones excelentes y doctísimos.

—Bien has pensado (dijo).

—Sea pues, si así lo quieres; pero más justo era que Triario diese su juicio sobre nuestra disputa.

—Antes sería grande injusticia (me contestó riendo), porque tú nos atacas con cierta moderación, pero él nos maltrataría, al modo de los estoicos.

—Después lo haré con más resolución (dijo Triario), porque estaré apercibido con todos los argumentos que he oído, y no te acometeré, hasta que vengan en tu auxilio esos filósofos que dices.»

Con estas palabras dimos fin al paseo y la disputa.